

LAS ISLAS: EL MITO QUE GUIÓ A COLÓN

Emelina Martín Acosta

La circunstancia de que Colón se pusiera realmente en camino, con una seguridad que llevó a pensarse en un propio predescubrimiento, significa que los problemas geográficos que condicionaban ese viaje estaban prácticamente resueltos en la época. Porque sería ridículo pensar que abordar la empresa de llegar a las tierras por la ruta de occidente, fuera posible por un planteamiento teórico de distancias, cuando había interpuesto un océano extenso, el Atlántico. Por tanto debía existir un plan científicamente concebido y realizable.

Colón además admitía la existencia de numerosas islas en medio del Atlántico, por considerar la proporción oceánica muy pequeña y, por tanto, inmediatamente podría encontrar Asia. La existencia de islas puente la menciona el Descubridor en el Diario el 25 de septiembre: “iba hablando el Almirante con Martín Alonso Pinzón, capitán de la otra carabela, Pinta, sobre una carta que le había enviado tres días hacía a la carabela, donde, según parece, tenía pintadas el Almirante ciertas islas por aquella mar”.

Pero esas ideas colombinas no suponían nada nuevo ya que desde la Antigüedad ya habían circulado, admitiendo que frente al conjunto afroasiático existían islas. En el mundo clásico, Plinio, libro II, capítulo XCVII de su *Natural Historia*, “que hacia la parte del Septentrión socava la mar algunas arboledas de la tierra, que tienen tan grandes raíces, que las lleva como balsas sobre el agua, que desde lejos parecen islas”. Ayuda esto lo que dice Séneca en el libro III de los *Naturales*, “que hay natura de piedras tan esponjosas y livianas, que hacen dellas en la India una como islas que van nadando por el agua, y desta manera debían de ser las que dicen de San Brandán”.

Aristóteles ya percibía esta realidad del mundo cuando afirmaba:

El lenguaje de los hombres ha dividido la tierra habitable -el Ecumenos- en islas y continentes... estas islas, las que conocemos, se refieren a estos mares... otras muchas habitables a todo el mar... Dícese que en el mar que se extiende más allá de las Columnas de Hércules fue descubierta por los cartagineses una isla abundante en selvas y ríos aptos para la navegación y hermoseedada con toda suerte de frutos...

También Diodoro de Sicilia alude a esta isla descubierta por los fenicios como una “habitación más de los dioses que de los hombres”. Por otra parte, en sus obras *Tímeo* y *Criteas* nos habla de la Atlántida, situada frente a las Columnas de Hércules, como una gran isla que “nutría en abundancia todos los animales domésticos y salvajes, además crecían en ella con una abundancia inagotable todas las esencias aromáticas que produce la tierra”.

E igualmente en la Edad Media, las islas supuestas o no, que los cartógrafos dibujaban en el Atlántico, tenían una función casi mágica, donde era posible la larga vida, curar de las enfermedades más desastrosas, vivir a expensas de alimentos celestes, garantizar la vida de santidad, pero también en otras donde se encontraban seres malignos, o la tierra del diablo -la isla de Satanás-, o el lugar de los pájaros o el de las aves rapaces e incluso la gran isla donde podía estar el paraíso o, como se nos habla de las islas de los salvajes, de los antropófagos e

incluso de las islas de las mujeres, es decir, de las amazonas. Basta repasar la nomenclatura de las cartas de Andrea Bianco, de la Biblioteca Marquina de Venecia, de 1436; o el mapa de Bartolome Pareto, de 1435, o el de Benicasa de 1482, para comprenderlo.¹ De hecho, cuando los hombres de la Edad Media se disponen a ver qué ocurre más allá del continente y se echan al mar no es para otra cosa que para reconocer islas por doquier, reales las unas, imaginarias las otras, pero siempre islas.

Don Quijote, hombre esencialmente representativo de la Edad Media, no hace más que soñar para Sancho, su fiel escudero, con una ínsula que colmará todas sus ansiedades y aspiraciones. Cervantes transmitía así el sentido fundamental de la Edad Media: la isla como el supremo galardón, ya fuera para administrarla o para habitarla hedonísticamente en la quietud y en la meditación. Y en la misma idea, Camoens, en su libro *Os Lusíadas*, no encuentra mejor ni más alta honra compensatoria para los héroes fatigados, que habían fundado su prodigioso Imperio en las Indias, que conducirlos hasta la isla del Amor, flotante y divina, hermoseaada con todos los encantos de la primavera. Como igualmente podríamos citar a Juan de Mandeville cuando en su *Libro de las Maravillas del Mundo* nos habla de las islas asiáticas y entre ellas “de muchas y diversas islas que están alderredor de la isla de Catay”.²

Con todos estos antecedentes, por qué no plantearnos la idea de la isla en Colón. Sin embargo, no queremos incurrir en aquella deformación hipercrítica de Vignaud,³ cuando afirmó y sostuvo que Colón no partió de Santa Fe de la Vega de Granada con el deseo de ir a las Indias, sino de descubrir islas y archipiélagos atlánticos. Porque ya hace años que le refutó Emiliano Jos, considerando su hipótesis un tanto disparatada.⁴ Pero sí queremos fijarnos en la doble vertiente del proyecto de Cristóbal Colón, que tendía, justamente, a buscar las tierras firmes de Asia, pero también las islas antepuestas.

Así, en las mismas capitulaciones,⁵ podemos ver cómo se presenta palpablemente ese objetivo dual del que hablamos. Y no una, sino varias veces. En primer lugar, cuando el descubridor quiso señalar el territorio al que se extendería su Almirantazgo dice claramente: “en todas aquellas islas y tierras firmes, que por su mano o industria se descubriera o ganara en las dichas mares oceanas”. Y, otra vez, cuando se refiere a la función de Virrey y Gobernador General, concreta que “lo sería en todas las dichas tierras firmes e yslas que como dicho es él descubriere o ganare”.

Claramente Colón tiene previsto ese doble horizonte incluso en la facultad que solicitaba para el regimiento de este amplio territorio que forzosamente veía como disperso. Por eso dice que “paral regimiento de cada huna e qualquiere dellas, faga el eleccion de tres pesonas...”. Se está refiriendo tanto a la tierra firme como a las islas, luego da igual importancia, en cuanto al gobierno, a los dos ámbitos. Tan llamativa es la atención prestada por el Almirante a las islas que, según su petición en el Memorial “llamado de agravios” de 1502, vuelve a insistir en que se le diera el cargo de Almirante precisamente: “de las yslas e tierra firme que descubriese en la mar oceana”, remarcando “y non de la mar, salvo de la tierra”. Pero si el virreinato y gobernación había de centrarse en la tierra firme y las islas, Colón situaría también el Almirantazgo en las islas y tierra firme, porque claramente se dice: “de las yslas e tierra firme”. Vemos pues una continua atención al mundo insular, como algo distinto.

LA REMINISCENCIA CIENTÍFICA DE LA ISLA EN COLÓN

Podemos preguntarnos de dónde partía esa idea de las islas en Colón, e inmediatamente saltarán a nuestra atención los habituales supuestos sobre la influencia que pudo tener aquella carta de Paolo dal Pozzo Toscanelli, en la que se situaban islas en el camino del Catay, desde los aledaños del Cipango:⁶

Por una carta semejante a aquellas que se hacen para navegar, en la cual está pintado todo el fin del Poniente, tomando desde Irlanda al Austro hasta el fin de Guinea, con todas las islas que en este camino son, enfrente de las cuales, derecho por Poniente, está pintado el comienzo de las Indias con las islas y los lugares adonde podéis desviar para la línea equinoccial.

Y sabed que en todas aquellas islas no viven ni tractan sino mercaderes, avisándoos que allí hay tan gran cantidad de naos, marineros, mercaderes con mercaderías, como en todo el otro del mundo, y en especial en un puerto nobilísimo llamado Zaiton, do cargan y descargan cada año 100 naos grandes de pimienta, allende las otras muchas naos que cargan las otras especierías. E de la isla de Antilla, que vosotros llamáis de Siete Ciudades, de la cual tenemos noticia, hasta la nobilísima isla de Cipango, hay 10 espacios, que son 2.500 millas, es a saber, 225 leguas, la cual isla es fertilísima de oro y de perlas y piedras preciosas. Sabed que de oro puro cobijan los templos y las casas reales; así que por no ser conocido el camino están todas estas cosas encubiertas, y a ella se puede ir muy seguramente.

Pero también nos inclinamos a pensar que Colón se pudo igualmente inspirar en uno de sus libros favoritos, el *Imago Mundi* del cardenal Pierre D'Ailly.⁷ En él, el genovés debió enfervorizarse con las referencias de las islas hasta el extremo de anotarlo en sus apostillas: “entre estas... hay islas innumerables, algunas de ellas llenas de perlas y piedras preciosas”. Y junto al texto, por considerarlo muy importante, remarcó con el dibujo de una mano, según era costumbre. Se trataba pues de islas riquísimas que le irían acercando a un continente, presumiblemente aún más rico.

Sobre la influencia que ejerció el *Imago Mundi* sobre Cristóbal Colón son esclarecedoras las palabras de Bartolomé de las Casas, recogidas en los márgenes del ejemplar colombino.⁸ Es igualmente de sumo interés el hecho de que Pierre D'Ailly habló también de las islas occidentales del océano, como eran las islas Afortunadas, que como indican por su propio nombre tienen casi todos los bienes:

Como si ellas fueran felices por la abundancia de sus frutos, pues los bosques producen de forma natural las frutas más preciadas y las cimas de las colinas se cubren de vides espontáneas. De ahí el error de los gentiles que creían que estas islas era el paraíso por la fecundidad del suelo. Todas están llenas de aves, bosques de palmeras, nogales y pinos. Hay abundancia de miel y están repletas de animales silvestres y peces. Están situadas en el océano a la izquierda de Mauritania entre el sur y el ocaso. Cercanas al occidente, y están separadas entre sí por el mar.

E igualmente creemos ver la influencia en su descripción de las islas Górgades:

Las habitaron las Górgonas, mujeres de alas veloces y cuerpo hirsuto y áspero. De ellas tomaron el nombre las islas. Las Górgades están situadas en la costa del

Atlántico hacia los abismos del mar. En sus jardines, cuenta la leyenda, había un dragón que vigilaba unas manzanas de oro. Se dice que allí el estiaje del mar es tan tortuoso por sus sinuosas orillas que, contemplado de lejos, imita los anillos de una serpiente. Las islas de Crise de Argire están situadas en el océano Indico. Son tan ricas por la abundancia de metales que la mayoría dijo que su suelo era de plata y oro, y de ahí procede el nombre. La isla de la India Tapróbana, está dividida por un río que fluye por ella y esta repleta de piedras preciosas y gemas.

También nos parece interesante resaltar la influencia de Eneas Silvio Piccolomini, el Papa Pío II.⁹ Cristóbal Colón manejó una edición que no contiene la descripción de Europa. Esto es, leyó y estudió únicamente la descripción de Asia, mitad imperfecta de una obra inacabada. Una Geografía truncada para una tierra que todavía guardaba para el hombre europeo una enorme porción ciega en su esfera. El libro encaja perfectamente dentro del ambiente preparatorio del descubrimiento, aunque Colón lo leyera después. Los seis primeros capítulos hablan, como en profecía, de indios que aparecen en las costas de Germania, de restos de naufragios humanos que son hallados en costas de Asia, de circunnavegaciones del orbe, de la brevedad del trecho de mar que une las costas de Iberia y el país de los seres, de la conexión de mares y golfos. El capítulo final y el colofón prometen hacer una descripción de la India remotísima, que queda silenciada y oculta como a la espera del desvelamiento colombino.

Pero, sin lugar a dudas, el relato que más pudo influir en la notable gesta colombina fue el libro de Marco Polo, cuyo contenido obsesionó siempre a Colón.¹⁰ En las páginas de esta obra de Marco Polo se incubó, qué duda cabe, el sueño colombino de la ínsula, pues el Almirante llevó consigo un ejemplar de ese libro en su primer viaje, que aún se conserva y está escrito con abundantes notas marginales:

La isla de Cipango situada a Levante, a unas mil quinientas millas de la tierra en alta mar, muy grande y sus habitantes son blancos, de buenas maneras y hermosos. Tienen oro en abundancia, de tal forma que existe un gran palacio todo cubierto de oro fino, con los pisos de sus salones también cubiertos de una capa de oro fino de un espesor de más de dos dedos. Todas las demás partes del palacio, salas, alféizares, todo está cuajado de oro. Tienen perlas en abundancia, de un suave rosa, preciosas, redondas y muy gruesas. Son de tanto valor como las blancas. Es una isla muy rica, de riqueza incalculable.

La isla de Java es la más grande que hay en el mundo, y es muy rica. Tienen pimienta, nuez moscada, clavos y toda clase de especias, muy raras. A ella vienen de todas partes un sinnúmero de naves y mercaderes, que compran toda clase de mercancías y hacen grandes negocios. Hay, por tanto, grandes tesoros en ella. La isla de Sondur y de la de Condur, que se encuentran a setecientas millas de la isla de Java. Tienen oro en gran abundancia. Tantísimo, que nadie puede creerlo sin verlo. Tienen elefantes y caza. De este reino provienen todas las conchas que se venden en todas las provincias. La isla de Pentan es una isla muy salvaje, cubierta de selvas, con plantas aromáticas, árboles de maderas olorosas y de gran utilidad. La isla de Java la menor es abundante en productos de toda clase: madera de áloe o zábila, espicanardi y otras especies que jamás se ven en otros países. Los hombres del reino de Ferlec son antropófagos y comen toda clase de carnes, buenas y malas. Adoran varias cosas y cuando madrugan, lo primero que ven al levantarse lo adoran.

La isla de Necuveran tiene hombres completamente salvajes, que andan desnudos y son idólatras. Sus inmensos bosques y selvas están poblados de árboles gigantescos, de las más ricas maderas, con sándalo bermejo, con las nueces de India, con clavo y otras especias. De la isla de Angaman, se dice que sus habitantes son idólatras, viven como los animales salvajes. Tienen cabeza y dientes de perro, y en su fisonomía parecen enormes mastines. Son muy crueles y antropófagos, y se comen cuantos hombres detienen que no sean de sus gentes. Hacia Poniente se encuentra la isla de Seilán, que es en realidad de una gran hermosura y muy extensa. Poseen los más bellos rubíes del mundo, zafiros, topacios, amatistas y otras piedras finas.

Maabar, la Gran India es el reino de las perlas, que se recogen con pequeñas embarcaciones, que se alejan en el mar unas sesenta millas, echan las anclas, y se acercan a los criaderos de perlas. Y de este modo pescan las perlas en cantidades enormes. Las perlas que aquí se hallan se venden luego por el mundo entero. El rey de esta comarca las tiene a granel, lo que constituye para él un gran tesoro. Existen también otras islas llamadas Varón y Mujer. La que se llama Varón está habitada por cristianos y bautizados en la fe de Cristo y conocen sobre todo el Antiguo Testamento, pues cuando la mujer esta encinta no la tocan hasta que haya dado a luz y hasta cuarenta días después. Luego ya vuelven a su vida marital. Pero en esta isla no viven las mujeres, ninguna, ni las casadas ni las solteras, sino que habitan en otra isla llamada la Mujer. Desde esta isla se van los maridos por tres meses: marzo, abril y mayo, para vivir con sus mujeres a la isla de la Mujer, y allí gozan de ellas. Y al cabo de los tres meses vuelven a esta isla y quedan trabajando los nueve meses restantes. La madre amamanta en verano al hijo que nace durante el año. Pero en cuanto tienen catorce años los mandan por mar a la isla de sus padres, y ésta es la costumbre de las dos islas, como lo oís. Las mujeres no hacen más que criar a sus hijos y recogen las frutas que hay en la isla.

Marco Polo describe las más importantes islas y provincias de la India, porque las conocía bien, pero también menciona que muchísimas más, pero son insignificantes:

En este mar de Indias hay doce mil setecientas islas entre las habitadas y desiertas, según la cartografía y lo que muestra el compás y escrituras de sabios navegantes que la emplean en estos mares. La India Mayor llega desde Maabar hasta Kermacorán y cuenta trece grandes reinos, de los que describimos diez. La India Menor llega de Ciamba hasta Mutfili y comprende ocho reinos. Según la tradición medieval las islas calentadas por el sol de la zona tórrida, reúnen en su suelo tesoros como no se ofrecen en ninguna parte.

He aquí la clave: la isla cobra ahora no solo la idea de refugio, de meta, o de seguridad, sino otra de mayor arraigo como es la de la finalidad económica frente a la penuria de grandes o pequeños Estados y de particulares.

LAS ISLAS EN EL “CONOCIMIENTO GEOGRÁFICO COLOMBINO”

Según Las Casas,¹¹ Colón recordaba

Que hablando con hombres de la mar que navegaban los mares de Occidente, mayormente a las islas de los Azores y de la Madera, entre otras, le dijo un piloto del rey de Portugal, que se llamaba Martín Viceynte, que hallándose una vez 450 leguas

al Poniente del Cabo de San Viceynte, vio y cogió en el navío, en el mar, un pedazo de madera labrado por artificio, y, a lo que juzgaba, no con hierro; de lo cual y por haber muchos días ventado vientos Ponientes, imaginaba que aquel palo venía de alguna isla o islas que hacia el Poniente hobiese. También otro que nombró Pero Çorra, conuño del mismo Cristobal Colón, casado con la hermana de su mujer, le certificó que en la isla del Puerto Sancto había visto otro madero venido con los mismos vientos y labrado de la misma forma, e que también “había” visto cañas muy gruesas.

Colón pensaba que esas cañas provenían de alguna isla que no estaba muy lejos, arrastradas por el ímpetu del viento y el mar. Asimismo, las gentes de Azores habían certificado a Colón que:

Ventando vientos recios Ponientes y Noruestes, traía la mar algunos pinos y los echaba en aquellas islas en la costa, en especial en la isla Graciosa y en la del Fayal, no habiendo por parte alguna de aquellas islas donde se hallase pino. Otros le dijeron que en la isla de las Flores había echado la mar dos cuerpos de hombres muertos, que parecía tener las caras muy anchas y de otro gesto que tienen los cristianos.

Igualmente, Colón tenía noticia de que un tal

Antonio Leme, casado en la isla de la Madera, le certificó que habiendo una vez corrido con una su carabela buen trecho al Poniente, había visto tres islas cerca de donde andaba; que fuese verdad o no, al menos dice mucho se sonaba por el vulgo común, mayormente en las isla de la Gomera y del Hierro, y de los Azores muchos lo afirmaban y lo juraban, ver cada año algunas islas hacia la parte del Poniente.

De hecho, Colón en 1484 vio en Portugal cómo un vecino de la isla de la Madera fue a pedir al rey una carabela para ir a descubrir cierta tierra, que juraba que veía cada año y siempre de la manera, en la misma latitud que las islas de Azores.

Las Casas nos sigue comentando en su *Historia de las Indias* cómo en las cartas de marear de la época se pintaban algunas islas por aquellos mares y comarcas, especialmente la isla que decían de Antilla, y la ponían poco más de 200 leguas al poniente de las Islas Canarias y de las Azores. Según los portugueses, sería la isla de las Siete Ciudades, que fue poblada por ellos en el tiempo de la conquista árabe de España, cuando reinaba el rey Don Rodrigo. Por huir de aquella persecución se embarcaron en unos navíos siete obispos y mucha gente, y fueron a aportar a la dicha isla, donde cada uno hizo su pueblo, y como la gente no pensaba volver prendieron fuego a los navíos. En tiempo del Infante Don Enrique salió del puerto de Portugal un navío y por la tormenta llegó a esa isla, cuyos habitantes los llevaron a la iglesia por ver si eran cristianos y hacían las ceremonias romanas, y visto que lo eran, les rogaron que estuviesen allí hasta que viniese su señor, que estaba de allí apartado; pero los marineros, temiendo les quemasen el navío y los detuviesen allí, se volvieron a Portugal, esperando recibir mercedes del Infante; que muy al contrario les mandó que volviesen, pero el maestre y los marineros no se atrevieron y eso que los grumetes habían cogido cierta tierra para el fogón, y mucha parte de ella era oro.

Mucha más gente salió de Portugal a buscar esta misma isla, que comúnmente llamaban Antilla, entre los cuales salió Diego Detiene, cuyo piloto [que se llamó Pedro de Velasco, vecino de Palos], afirmó al mismo Cristóbal Colón, en Santa María de la Rábida, que habían

partido de la isla del Fayal, y anduvieron 150 leguas con viento noroeste, y a la vuelta descubrieron la isla de las Flores. Guiándose por muchas aves que veían volar hacia allá, que eran aves de tierra y juzgaron que debían de ir a dormir a alguna tierra. Después fueron por el nordeste tanto camino que se les quedaba el Cabo de Clara hacia el este, donde encontraron vientos muy recios de poniente y la mar muy llana, que debía ser por causa de la tierra que por allí debía de haber, que los abrigaba de la parte del occidente; pero no prosiguieron para descubrirla, porque era ya agosto y temieron el invierno. Este hecho, cuenta Las Casas que sucedió cuarenta años antes de que Cristóbal Colón descubriera las Indias.

Todas estas noticias serían el bagaje cartográfico de Colón, según Las Casas. Por ello, es una lástima que no se haya conservado el mapa que Colón llevaba en su viaje descubridor. Esta carta colombina vendría a explicarnos los supuestos del genovés sobre la configuración del Atlántico. Y en este sentido se expresaba Emiliano Jos: “indudable que frente a las Canarias debía tener Colón otras islas dibujadas en la carta náutica empleada en el viaje y que el 19 de septiembre se supuso quedaban unas al N. y otras al S. de los barcos”.¹² Pero es que además, frente a las Canarias localizaba Colón la costa saliente del Cathay y la parte norte del Cipango. Era pues la latitud en la que el Océano resultaba más estrecho, lo que con la orla de islas podía garantizar el éxito del viaje descubridor. Así se explica que aceptara que desde El Hierro y La Gomera “cada año veían tierra al ueste de las Canarias”.¹³ Y probablemente también pensara en dos o tres grandes penínsulas: “una era la de Catay, a la que se enfrentaba la isla de Cipango, otra sería la de Tartaria más al norte, que podía ser lo visto o previsto desde las Azores, por los 38° a 40°”,¹⁴ también con su conjunto de islas, más una tercera y gran península, sino era una gigantesca isla ya, frente a las islas de Cabo Verde, lo que explicaría “el intento de apertura de un nuevo camino al sur” en el tercer viaje.

Todo esto es razonablemente lógico en Cristóbal Colón, por lo que puede decirse que para él las islas eran la antesala de la península correspondiente y por lo tanto, garantía del éxito descubridor.¹⁵ Su carta de navegación tuvo pues que ser también -como ha escrito el duque de Veragua- su “programa... conteniendo islas, tierras o ciudades... una incitación, capaz de prender con la llama de su fantasía los propósitos de audacia para ir a desvelar recónditos lugares desconocidos”.¹⁶

Al fin y al cabo, Colón desarrolló sus ideas a base de experiencias insulares. Es suficiente con recordar las invocaciones que hacía el descubridor durante el primer viaje de sus vivencias en Chios, lo que no era nada extraño,¹⁷ como tampoco lo fueron sus múltiples recuerdos a Madeira y Porto Santo.¹⁸ Las atinadas consideraciones de Randles sobre las circunstancias que, en el orden práctico, vinieron a favorecer la aceptación del proyecto colombino en Granada, son pues un avance basado en la continua incorporación de noticias, porque nada en la ciencia de la época podía autorizar a Colón a justificar a la Corte española su reducción considerable, estimada por Toscanelli, entre Europa y Asia; como nada que la experiencia pudiera corroborar, justificaba su valoración de 562/3 de millas por un grado en lugar de las 662/3 del florentino.¹⁹

LA OBSESIÓN DE LAS ISLAS COMO INDICIO

Desde la llegada al mar de los Sargazos, Colón comenzó a creer que ya tenía poco menos que ante sus ojos las primeras islas; pues según nos dice el 16 de septiembre: “comenzaron a ver muchas manadas de yerba muy verde que poco avía que se avía desapegado de tierra, por la qual todos juzgaban que estaban cerca de alguna isla...” porque según consignaba el Almirante: “la tierra firme hago más adelante”.²⁰ Pero curiosamente -lo que nos confirma esa

tesis de que las islas eran para él indicio de proximidad de tierra firme- los dos días siguientes, 17 y 18 de septiembre, ya cree estar ante tierra firme.

En cuanto al 17 de septiembre, la anotación es inequívoca: “era yerba de peñas y venían las yervas de hazia Poniente. Juzgavan estar cerca de tierra”. Y confirma esta presunción con nuevos indicios: “parecían yervas de ríos”, deduciendo que estaban a ochenta leguas de tierra, máxime cuando “el agua de la mar hallavan menos salada desde que salieron de las Canarias”. Así se explica que al día siguiente, 18 de septiembre, dijera el Almirante: “que avia visto gran multitud de aves yr hazia el Poniente, y que aquella noche esperaba ver tierra”. ¡Tan a la mano creía tener Colón el descubrimiento de la tierra firme! gracias a ese adelanto geográfico de los archipiélagos, mediando tan solo 80 leguas. De hecho, el día 19 de septiembre, el Almirante tenía plena certeza de que “a la vanda del norte y del sur avia algunas yslas como en la verdad lo estavan y él yva por medio d'ellas. Porque su voluntad era de seguir adelante hasta las Indias”.²¹

Sin embargo, no vamos a entretenernos en hacer el recuento de las veces que el Almirante cree navegar entre las islas, porque sería excesivamente reiterativo, aunque sí nos interesa detenemos en aquellos detalles más significativos. Y así, el martes 25 de septiembre, tuvieron los pilotos y capitanes aquella consulta con Colón sobre la carta donde “tenía pintadas el Almirante ciertas yslas por aquella mar”. El 3 de octubre vuelve a aludirse en el *Diario* a las “yslas que traya pintadas en su carta” que el Almirante creía que había dejado atrás. Probablemente esto estaba en relación con la salida del Sargazo, pues el 5 de octubre ya no ve ninguna yerba.²²

Según el Padre Las Casas²³ esta carta es la que envió Toscanelli a Colón y que obraba en poder del dominico en el momento que escribía su obra: “en ella le pintó muchas islas y tierra firme que eran el principio de la India, y por allí los reinos del Gran Khan, diciéndoles las riquezas y felicidad de oro y perlas y piedras de aquellos reinos... y según el paraje que en la dicha figura e islas que le pintó, sin duda parece que ya estaban en ellas, y así están todas estas islas cuasi en aquella distancia”. Es decir, Colón esperaba en estas islas encontrar el oro y las piedras preciosas que había prometido a los Reyes Católicos.

Pero, aparte las incidencias de la travesía del Atlántico, con la sospecha de islas desde el punto indicado, se advierte la gran alegría de Colón cuando después de la arribada a San Salvador se ve rodeado de islas por todas partes: “y como desta ysla vide otra mayor al gieste cargué las velas por andar todo aquel día”. Y así sigue buscando de una en otra, como alucinado en aquel mar de islas que constituían el gran indicio. Es lo mismo que podemos advertir en el Roteiro del viaje de Vasco de Gama, con la ponderación del crecido número de islas, como testimonio de estar en el buen camino. Así lo dice a fines de abril cuando al autor anónimo del mismo escribió: “que tuvieron noticia de una ciudade, que se chama Cambaya, e seicientas ilhas sabidas”.²⁴

Y eso mismo vamos a encontrar en Colón: como un ansia multiplicador de islas, pues cuanto más islas tuviera ante sí, mayor era la garantía de la importancia de lo que pudiera estar en el inmediato de más allá. Esta y no otra fue la razón de suponer el 24 de octubre que estaba en las cercanías del Cipango. Pues recordemos además que se tenía la clara noticia que la especiería se daba en determinadas islas, como en otras se hallaba el oro o las perlas.

El 14 de noviembre podía exclamar Colón en su *Diario* que “maravillóse en gran manera ver tantas yslas y tan altas... y las d'estas yslas que le parece que no las ay más altas en el

mundo ni tan hermosas y claras, sin niebla ni nieve y al pie d'ellas grandissimo fondo, y cree que estas yslas son aquellas innumerables que en los mapamundos en fin de oriente se ponen. Y dixo que creia que avia grandissimas riquezas piedras preçiosas y especiería en ellas”.²⁵

CANARIAS COMO PUNTO DE REFERENCIA

Antonio Ballesteros Beretta, en su gran obra sobre *Cristóbal Colón y el descubrimiento de América*,²⁶ exponía cómo para Colón y sus hombres la ruta de las Canarias no era nada nuevo; resultaba un punto de apoyo para remontar el vuelo a lo desconocido. Canarias sería el punto colombino por excelencia, un lugar de partida para poder hacer realidad sus planes. El tema de las Islas Canarias y Colón ha sido ya tratado por magníficos historiadores canarios como Nestor Álamo, Morales Padrón, Rumeu de Armas, Cioranescu, Demetrio Ramos y la más reciente de Antonio Tejera,²⁷ y por tanto, todo lo que se dijera sobre el tema resultaría sumamente reiterativo.

No obstante, queremos apuntar algunos aspectos que nos resultan necesarios para enmarcar aún más el tema de Canarias y Colón. Por ello, y siguiendo a Demetrio Ramos en la obra citada, Colón buscó siempre la escala en Canarias por tres razones fundamentales: una técnica, otra personal y otra política. La técnica nos la brinda la extensa información que en esa época se tenía de los vientos alisios del noreste y de la Corriente de Canarias, fruto de las anteriores expediciones a lo largo de la costa africana y fundamentalmente hacia Canarias. Es decir, un conocimiento previo del Atlántico, resultado de la experiencia común a portugueses y españoles y que tenía en Palos una buena escuela.

La razón personal hay que verla en la propia experiencia colombina, pues hay que admitir que Colón navegó hacia Guinea con los portugueses y por tanto tendría pleno conocimiento de la situación clave de las Islas Canarias. Y por ello eligió la isla de La Gomera que le permitía, en primer lugar utilizar su fondeadero -el más occidental de todas las Canarias-, favorecido por unos vientos que permitían aportar y hacerse a la vela en cualquier momento. Además dice Colón en su diario que: “juravan muchos hombres honrados españoles que en la Gomera estaban con doña Inés Peraça que cada año veían tierra al vueste de las Canarias, que es al poniente; y otros de la Gomera, afirmaban otro tanto con juramento”.²⁸ Pero si La Gomera abonaba la fantasía, igual que ocurrió con Madeira y Azores, haciendo creer en la seguridad del éxito, también la isla fue elegida por Colón como despensa del viaje: “tomada, pues agua y leña y carnes, y lo demás que tenían los hombres que dejó en la Gomera el Almirante quando fue a la isla de Canaria a adobar la carabela Pinta. Finalmente se hizo a la vela de la dicha isla de la Gomera con sus tres caravelas”.²⁹ Así comenzó la gran empresa.

La razón política es quizás la de mayor peso de las anteriores expuestas, pues sólo el determinante político de la Corona de Castilla, que pesaría en el ánimo de los Reyes y en la corte, hace inteligible la puesta en marcha del descubrimiento en las Canarias.³⁰ Cuando el 4 de septiembre de 1479 se firmó el Tratado de Alcaçobas, confirmado años más tarde por la bula *Aeternis Patris* de Sixto IV, por el que se reservaba para los portugueses todos los archipiélagos que ya poseían, mas para el futuro sólo se les reconocía el derecho a descubrir al sur de Canarias, siempre que fuera contra Guinea, es decir, junto a la costa africana. Quedaba para Castilla, por consiguiente, todo el resto: el Océano, por exclusión, pero explícitamente las islas Canarias “ganadas e por ganar: las quales fincan a los reynos de Castilla”. Por añadidura, se comprometían a no enviar y a impedir que fueran a los espacios ajenos cualquier clase de expediciones,³¹ lo que llevaba implícita no solo la soberanía sobre la mar Océana, como luego se plasmará en las capitulaciones de santa fe, sino también todo el

armazón de la empresa descubridora. De todo lo anteriormente expuesto se deduce que la razón política obligaría a que la empresa colombina partiera precisamente de las Islas Canarias, puesto que de ellas derivaba todo derecho para ganar nuevas tierras.

Asimismo, quiero indicar algunos aspectos que se señalan en el *Diario*, que me parece reflejan claramente la idea que Colón tenía de Canarias y de sus gentes. Un primer ejemplo nos lo brinda el mismo 12 de octubre cuando describe a la gente que se encuentra “y ellos son de la color de los canarios”. Y el 13 de octubre vuelve a insistir en la misma idea “salvo de la color de los canarios. Ni se debe esperar otra cosa, pues está leste güeste con la isla del Fierro, en Canaria, so una linea”. Las Casas apostilló al margen esta misma apreciación “La Ysleta de Guanahaní está en la altura que la Ysla del Hierro”. Cuando el viernes 2 de noviembre el Almirante tomó la altura con un cuadrante, esa noche halló que estaba a 42 grados de la línea equinoccial y que además “por su cuenta halló que había andado desde la isla del Hierro mil y ciento y cuarenta y dos leguas”. Es decir, Colón seguía teniendo a las Canarias como su punto de referencia en el camino recorrido.

El 11 de noviembre, al tratar de explicar cómo son las mujeres que habitan en esa isla, dice que son “de muy buen acatamiento, ni muy negras, salvo menos que canarias”. De nuevo Colón se refiere a los habitantes de Canarias -en este caso las mujeres- para hacer una analogía con el aspecto físico de la gente de Las Antillas, lo que demuestra que conocía bien a los indígenas canarios y que en todo momento le servían también de punto de referencia. Es decir, Canarias está presente en la idea de Colón no sólo en el camino a seguir, sino también en la presencia de sus gentes.

LA NOTICIA QUE DA COLÓN DE ISLAS QUE NO HA VISTO

Refiriéndonos exclusivamente al primer viaje es forzoso tener en consideración el ansia con que Colón anota las maravillas y esperanzas puestas en las islas que no ha llegado a ver. Así la famosa isla de Baveque, “adonde según dicen [los indios] por señas, que la gente d'ella coge el oro con candelas de noche en la playa”.³² Esta isla le llevaría de cabeza, alucinado por tales noticias, que dejó de pensar en el Cathay, es decir, en la tierra firme para dedicarse a perseguir islas fabulosas.³³

Noticias de islas que no ha conocido Colón las ofrece muy concretamente el 6 de enero de 1493 después de haberse encontrado con Martín Alonso, pues “también diz que supo que detras de la isla Joana, de la parte del sur ay otra isla grande en que hay muy mayor cantidad de oro que en esta [La Española] en tanto grado que cogía los pedaços mayores que habas... Llamábase, diz que, aquella isla Yamaye. Tambien diz que supo el Almirante que allí, hazia el leste avia una ysla a donde no avia sino solas mujeres y esto diz que de muchas personas lo sabia”.³⁴

Igualmente en la carta que Colón escribió a los Reyes Católicos al retorno del viaje y que fue el texto utilizado en Barcelona para, extractado y retocado, redactar la famosa carta a Luis de Santangel.³⁵ Comenzaba el Almirante afirmando que halló “mui muchas yslas de las quales tomé posesión en nombre de Vuestras Altezas”...“Estas islas son todas mui llanas y tierra mui alta, y en ellas ay sierras y montañas altísimas, sin comparación de la ysla de Tenerife”. Recordemos que en el *Diario*, la noche entre el 23 y 24 de agosto la pasó cerca de Tenerife, “de cuya montaña de venían salir grandísimas llamas, de lo que maravillándose su gente les dio a entender el fundamento y la causa de tal fuego...”³⁶

Colón también en esta carta informa más ampliamente sobre las islas de donde regresa, especialmente de las que no ha visto, pero que están nimbadas por toda la fantasía de que es capaz:

Que la prima isla de las Yndias, más llegadas a España es toda poblada de mugeres, sin ningún hombre; y su trato no es femenino, salvo usar armas y otros ejercicios de hombre; traen arcos y flechas y se adornan de las minas de alambre, del qual metal tienen en mui grande cantidad; a esta ysla llaman Matenino;³⁷ a la segunda Caribo... aquí estan aquellos pueblos, de que estan todos los rrestantes de las otras islas de Yndia temerosos; estos comen carne umana, son grandes frecheros, tiene muchas canoas, casi tan grandes como fustas de rremo... éstos son aquellos que tratan con las mugeres de Matenino. Entre media destas yslas de Cardo³⁸ y de La Española está otra isla que llaman Borinque.

Como se ve, no solamente nos habla aquí de aquellas dos islas que tanta atención le provocaron como la de Matinino y la de Caribo, sino también de una isla más de la que no se había dado noticia ni en el *Diario*, ni por don Hernando y Las Casas y que aparece aquí como sorpresa: Borinque, que no es otra que la que después sería llamada isla de San Juan. Colón no nos dice de dónde pudo sacar la noticia de la isla de Borinque, pero se ve que es algo difuso e impreciso, pues si por un lado nos la sitúa entre la isla de los Caribes y la Española, nos enreda, por otro, esta situación, al decir seguidamente: “y todo es en poca distancia de la otra parte de la isla Juana, aquéllos llaman de Cuba”, pues justamente la Gran Antilla está en la parte opuesta.

E incluso añade dos islas más: “de la parte más occidental, en una de las dos probinçias que yo dexé de andar, la qual se llama Faba, naçen todos con cola”.³⁹ La otra isla estaba detrás de la Juana, de la que “me aseguravan estos yndios que otra ay maior quella, a que llaman Jamaica, adonde toda la gente della son sin cabello, en ésta ay oro sin medida”. Aparte de este enriquecimiento informativo sobre las supuestas cualidades de las islas desconocidas, incurriendo como en estos últimos casos en el mito, termina Colón por confesar que son noticias facilitadas por los propios indios que llevaba en las carabelas, pues dice en su carta que: “agora traygo yndios conmigo que han estado en las unas y en las otras y saben la lengua y las costumbres”.

Esto parece encajar con lo que cuenta Las Casas de la entrevista del Almirante con el Rey de Portugal en Valparaíso, cuando regresó a la península, pues dice que: “por señas mandó a un indio de aquellos [que traía Colón] que con aquellas habas pintase o señalase aquellas tantas islas de la mar de su tierra quel Almirante decía haber descubierto”, el cual señaló Cuba, La Española y las islas de los Lucayos. Pero no contento con ello, el Rey de Portugal deshizo la distribución que tenía hecha aquel indio para pedir a otro lo mismo, quien: “figuró con las habas lo quel otro había figurado y por ventura añydió muchas más islas y tierras...”.⁴⁰ Es curiosa la conclusión a la que dice Las Casas llegó entonces el rey don Juan: “que así conoció claramente la grandeza de las tierras descubiertas y las riquezas que en ellas haber ya imaginaba”. De esta manera cabe entender que si las islas eran un testimonio por sí mismo, constituían en aquel tiempo como una garantía de esperanza. Lo que hemos visto en Colón.

Y lo curioso es que, como se puede ver en varias de sus cartas y escritos, Colón se vanagloria también por el número de islas descubiertas como si construyera una gráfica mental, en la que su estadística constituyera el testimonio de su obra. Así, en la carta que escribió al Papa Alejandro VI, en febrero de 1502, al hacerle el resumen de sus expediciones,

escribía el genovés: “descubrí deste camino y gané mil e cuatrocientas islas y trescientas treinta y tres leguas de la tierra firme de Asia, sino otras islas famosísimas, grandes y muchas, al oriente de la isla Española”.⁴¹

Esa valoración numeral de las islas halladas por Colón era muy lógica, pues sobre ellas se asentaba fácilmente su poder de Almirante y Virrey, mientras que en las tierras continentales el establecimiento sería más difícil, por entender que en ellas señoreaba su autoridad el Gran Kan o los otros poderosos reyes del oriente. Las islas eran, por lo tanto, el gran botín geográfico y político del Almirante. Y hasta tal extremo fue así que en la concesión de armas que obtuvo Colón en Barcelona, uno de los cuarteles fue dedicado al mismo motivo, como representación de las nuevas tierras, diciéndose en esa real provisión de 1493, sobre el particular que “en el otro cuadro bajo, a la mano izquierda las armas vuestras que solíais tener (como armas de familia) mientras en el opuesto el cuartel de las islas, sobre azur”, bajo el cuartel de Castilla, exactamente igual que en el segundo escudo, cuando se dio entrada al otro motivo heráldico de las anclas.

NOTAS

- ¹ REGUERA SIERRA, E. “Las islas fantásticas de la antigüedad y la americanista”, *Historia*, Buenos Aires, 1956, nº 3, pp. 15-37.
VIGNERAS, Louis A. “La búsqueda del paraíso y las legendarias islas del Atlántico”, *Cuadernos Colombinos* nº 8, Valladolid, 1976.
PINHEIRO MARQUES, Alfredo. *La Cartografía y la construcción de la imagen del mundo por los descubrimientos portugueses y españoles*, Lisboa, 1988.
- ² MANDEVILLE, Juan de. *Libro de las maravillas del mundo*, Madrid, 1960, p. 53.
- ³ VIGNAUD, Henri. *Histoire Critique de la grande entreprise de Christophe Colomb*, París, 1911.
PINEDA YAÑEZ, Rafael. *La isla y Colón*, Buenos Aires, 1955.
- ⁴ JOS, Emiliano. “El plan y la génesis del descubrimiento colombino”, *Cuadernos Colombinos* nº IX, Valladolid, 1979-1980.
- ⁵ RAMOS PÉREZ, Demetrio. *La realidad de las Capitulaciones de santa Fe y el carácter que tuvo la expedición colombina*, Colección Tabula Americae, Testimonio Compañía editorial Ministerio de Cultura-V Centenario, Madrid, 1992.
- ⁶ ALTOLAGUIRRE Y DUVALE, Ángel de. *Cristóbal Colón y Pablo del Pozzo Toscanelli*, 1903, Reedición de Editorial Maxtor, Madrid, 2006.
RANGLES, W.G.L. “Le projet asiatique de Christophe Colom devant la science cosmographique portugaise et espagnole de son temps”, *Islenha*, Funchal, 1989, nº 5, pp. 73-88.
- ⁷ D’AILLY, Pierre. *Imago Mundi y otros opúsculos*, Alianza Editorial, Madrid, 1992, volumen preparado por Antonio Ramírez de Verger y revisado por Juan Fernández Valverde y Francisco Socas, Sociedad Quinto Centenario, Universidad de Sevilla.
- ⁸ LAS CASAS, Fray Bartolomé. *Historia de Las Indias*, Edición de MILLARES CARLÓ, Agustín y estudio preliminar de HANKE, Lewis, Fondo de Cultura Económica, México, 1992, T. I, Libro I, Cap. XI, p. 60.
- ⁹ SILVIO PICCOLOMINI, Eneas. *Descripción de Asia*, Alianza Editorial, 1992, volumen preparado por Francisco Socas, Sociedad Quinto Centenario, Universidad de Sevilla, Madrid, pp. XX y XXI.
- ¹⁰ GIL, Juan (ed.). *El libro de Marco Polo*, Alianza Editorial, 1992, Madrid, p. 136.
- ¹¹ Vid. LAS CASAS. *Historia de Las Indias* [8], pp. 66-69.
- ¹² *Ibidem*, JOS, Emiliano [4], p. 68.
- ¹³ ALVAR, M. *Diario del Descubrimiento de Cristobal Colón, 9 de agosto*, Cabildo Insular de Gran Canaria, 1976, Las Palmas, T. I, pp. 20-24.
- ¹⁴ RAMOS PÉREZ, Demetrio. *O alcance das viagens de Colombo para o dominio do Atlantico*, Centro de Estudios de Historia e Cartografía antigua, Instituto de I. C. Tropical, Lisboa, 1988, p. 7.
- ¹⁵ NUNN, George. *Geographical concepts of Columbus*, American Geographical Society, Nueva York, 1924.
HENRÍQUEZ Y CARVAJAL, F. *El mapa de Colón*, Cuba Contemporánea, La Habana, 1924, T. XXXVI, pp. 24-31.

- REVELLI, P. *Cristóforo Colombo cartógrafo*, A Hi. Congr. Int. Geogr. (Amsterdam, 1938), Amsterdam, 1939, T. II, pp. 194-195.
- ¹⁶ *Cristóbal Colón, XX Duque de Veragua*; prólogo al *Atlas del Mundo, 1492-1992*, Club Internacional del Libro, Madrid, 1991.
- ¹⁷ PISTARINO, G. *Chio dei Genevei*, Spoleto, 1970.
- ¹⁸ VIEIRA, Alberto. “Colombo e a Madeira. Tradição e historia”, *Isleha* nº 5, Funchal, 1989, pp. 35-47.
 VERISSIMO, Nelson. “Buscar o levante pela via do poente: o arquipélago da Madeira e a génese dum grande projecto”, *op. cit.*, pp. 7-34.
 GRANITO, Helena. “Colombo e a Madeira: referencias Bibliográficas”, *op. cit.*, pp. 119-223, donde se reúnen sesenta fichas relativas a este punto.
- ¹⁹ RANDES, W.G.L. *Le projet asiatique* [6], p. 83.
- ²⁰ *Diario de Colón*, 16 de septiembre [13], p. 28.
- ²¹ *Diario de Colón*, 19 de septiembre [13], pp. 31-32.
- ²² *Diario de Colón*, 5 de octubre [13], p. 41.
- ²³ Vid LAS CASAS [8] T. I, p. 191.
- ²⁴ *Roteiro da primeira viagem de Vasco da Gama*. Presentación y notas de Neves Aguas, Sintra, 1987, p. 53.
- ²⁵ *Diario de Colón*, 14 de noviembre [13], pp. 108-109.
- ²⁶ BALLESTEROS BERETTA, Antonio. *Cristóbal Colón y el descubrimiento de América*, Barcelona, 1945.
- ²⁷ VANDEVALLE, Santiago de. *Colón en Canarias*, Boletín de la Real Academia de la Historia, Madrid, 1891.
 MONTES DE OCA, Francisco P. *Colón en la Gomera*, Tenerife, 1929.
 ÁLAMO, Néstor. *El Almirante de la MarOcéana*, Sevilla, 1957.
 CIORANESCU, Alejandro, *Colón en Canarias*, Tenerife, 1959.
 ALONSO, María Rosa. *Colón en Canarias y el rigor histórico*, El Museo Canario, Año XXI, núms.73-74, Las Palmas de Gran Canaria, enero-diciembre 1960.
 RUMEU DE ARMAS, Antonio. *Cristóbal Colón y doña Beatriz de Bobadilla en las antevísperas del Descubrimiento*, El Museo Canario, Año XXI, núms.75-76, Las Palmas de Gran Canaria, enero-diciembre 1960, pp. 255-279.
 RAMOS PÉREZ, Demetrio. *Posible explicación de la escala de Colón en las Canarias*, Tenerife, 1962.
 MORALES PADRÓN, Francisco. *Canarias en los cronistas de Indias*, Anuario de Estudios Atlánticos, nº10, Sevilla, 1964, pp. 179-234.
 TEJERA GASPAS, Antonio. *Los cuatro viajes de Colón y las islas Canarias (1492-1502)*, La Laguna, 2000; *Colón en Gran Canaria (1492,1493,1502). Las Islas Canarias en las Fuentes Colombinas*. Las Palmas de Gran Canaria, 2002.
- ²⁸ VARELA, Jesús y FRADEJAS, José Manuel (eds.). *Diario de Colón (transcripción y edición facsimilar)*. I.I.E.I., 2006, Valladolid, p. 20.
 VARELA MARCOS, Jesús y LEÓN GUERRERO, M^a Montserrat. *El itinerario de Cristóbal Colón (1451-1506)*, I.I.E.I., 2003, Cabildo de Gran Canaria, Valladolid, p. 122.

- ²⁹ Vid *Diario de Colón*, nota anterior, p. 21.
TEJERA GASPAR, Antonio. *Colón y la Gomera. La colonización de la Isabela (República Dominicana) con animales y plantas de Canarias*, Tenerife, 2005.
- ³⁰ PÉREZ EMBID, Florentino. *Los descubrimientos en el Atlántico hasta el Tratado de Tordesillas*, Sevilla, 1948.
- ³¹ RUMEU DE ARMAS, Antonio.
GIMÉNEZ FERNÁNDEZ, Manuel. *Algo más sobre las bulas Alejandrinas de 1493 referentes a las Indias*, Anales Universidad Hispalense, 1945, p. 27.
- ³² *Diario de Colón*, 12 de noviembre [27], pp. 68-69.
- ³³ RAMOS PÉREZ, Demetrio. *El descubrimiento "humano" de América*, Granada, 1983.
- ³⁴ *Diario de Colón*, 6 de enero [11], p. 205.
- ³⁵ RAMOS PÉREZ, Demetrio. "La primera noticia de América", Casa Museo Colón y Seminario Americanista de la Universidad de Valladolid, 1986, *Cuadernos Colombinos*, nº XIV, Valladolid, pp. 86 y ss.
RUMEU DE ARMAS, Antonio. *Manuscrito del libro copiator de Cristóbal Colón*, Madrid, 1989. pp. 435-442.
- ³⁶ RAMOS PÉREZ, Demetrio y GONZÁLEZ QUINTANA, Marta (eds.). *Diario del Primer viaje de Colón*, Granada, 1995, p. 63, donde incorpora este episodio narrado por D. Hernando Colón.
- ³⁷ Como es fácil advertir se trata del mito de las Amazonas que en el *Diario* figura Matininó y también el P. LAS CASAS, en el libro I, cap. LXVII. También SILVIO PICCOLOMINI, Eneas, [9] donde describe el mito de las amazonas.
- ³⁸ Si aquí se les llama Cardo, en el *Diario* se les llama Carib, Caniba, Caribdis, según D'AYLLY, Pierre se llama así porque engulle a las naves en sus ocultos remolinos, p. 117.
- ³⁹ En el *Diario* también aparece Faba. Según ALVAR, Manuel en su edición del *Diario* [11] p. 91, nota 201, dice que Faba debe estar por Saba según acepta también MORISON en *Journal and other Documents of the life and voyages of Christopher Columbus*, New York, 1963, p. 85. La isla de Saba donde está Etiopía la menciona D'AYLLY, Pierre en su *Imago Mundi y otros opúsculos*, Alianza Editorial, Madrid, 1992, p. 92.
- ⁴⁰ LAS CASAS. *Historia de las Indias*, Ed. de Millares Carló, 1951, libro I, cap. LXXIV, México, T. I, p. 325.
- ⁴¹ A.G.I. *Patronato*, 295, - 44.